

podemos disfrutar de la paulatina aparición de ediciones críticas de fuentes textuales de todos los géneros.

En el área de la lingüística, y a pesar de varios estudios llevados a cabo por profesionales, los resultados sin embargo –bajo la perspectiva de los logros de la teoría lingüística en general y de la romanística en particular– no pasan de mediocres. Parece raro que se sepa tan poco –y se tenga una idea tan tergiversada– de una variedad romance, puesto que la lingüística románica ha sido una de las que han dado las pautas para el estudio de un sinnúmero de idiomas. La tarea inminente de la generación de filólogos y lingüistas que se dedican a los estudios sefardíes debe ser –además de la edición de textos impresos y manuscritos– el estudio de las fuentes textuales, sean estas escritas u orales. Se requiere un corpus, como en la investigación de cualquier otra lengua, necesario para realizar estudios en diacronía y sincronía, siempre haciendo cortes longitudinales por zonas geográficas, capas sociales y estilos diferentes. La recopilación de datos es condición primera y sine qua non para la elaboración de un atlas dialectal⁴⁰, de un thesaurus de la lengua, de una gramática histórica y –por qué no– hasta de una gramática normativa. Solamente entonces se dejará de pensar en el judeoespañol como en algo exótico y caótico –peor, una lengua de mala muerte– y ocupará el sefardí la casilla que le corresponde en el árbol genealógico de los idiomas, dejando ver toda su complejidad y riqueza que coordina rasgos romances, semíticos y balcánicos, arcaísmos e innovaciones, estilo elevado hebraizante y «bulgar» a la turca. Como cualquier otra lengua.

Dora MANTCHEVA
Universidad de Basilea

⁴⁰ Sugerido por BUNIS «Linguistic Geography».